

DIA

DE LA PURIFICACION.

SEGUNDO SERMON

ACERCA DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS

PARA

CONSAGRARSE A DIOS CON UNA NUEVA VIDA.

~~~~~

*DIVISION.—En este misterio aprendemos las disposiciones con que es necesario entrar para consagrarse á Dios con una vida absolutamente nueva. En él hallamos un espíritu de sacrificio en Jesucristo, que se ofrece á su Padre, y un espíritu de fidelidad en María que le ofrece: estas son, pues, las disposiciones que hacen la conversion sincera y durable, y la ofrenda de nuestro corazon agradable á Dios.—I. Un espíritu de sacrificio que nada reserve cuando se ofrece.—II. Un espíritu de fidelidad que en nada se contradiga cuando le sirve.*

Primera parte. *Un espíritu de sacrificio que nada se reserve cuando se ofrece.* Aunque hoy no sea sacrificado Jesucristo en el templo, el sacrificio que de sí mismo hace á su Padre no es menos verdadero; bien diferente en esto de los otros primogénitos que ponian entre las manos de los pontífices y que presentaban en el templo, mas para rescatarlos que para consagrarlos al Señor. Pero Jesucristo desde que entra en el templo, ya acepta y padece anticipadamente cuanto ha de padecer algun dia por su Padre. Por eso, aunque lo que pasa hoy en el templo no sea mas que una imágen del Calvario, la obligacion no es menos verdadera, dice San Bernardo.

1. Y así, la primera condicion de nuestro sacrificio, cuando queremos entregarnos á Dios, ha de ser la realidad de la ofrenda; la divina clemencia, que despues del pecado podia pedirnos el sacrificio de nuestra vida, ha conmutado esta pena, y el sacrificio continuo de la vida de los sentidos ha obtenido el lugar de la ley de muerte impuesta á todos los fieles; ley que todos hemos aceptado en el sagrado bautismo, cuando nos llevaron al templo á ofrecernos al Señor. Esta es la vida del cristiano, una vida de abnegacion y de sacrificio; no obstante, ¿qué cosa es el consagrarse á Dios para la mayor parte de las almas, que apartándose de los desórdenes del mundo, quieren servirle? No es otra cosa mas que aparentar un exterior mas religioso, y no vivir enteramente olvidados de Dios y de la religion; pero si no sois ni menos ambiciosos, ni menos sensuales, ni menos delicados etc., os ofreceis al Señor como los primogénitos de Israel, que siendo rescatados inmediatamente, no pertenecian á su herencia; es decir, que solo ofreceis á Dios un vil animal, unas obras exteriores, una apariencia de piedad, en lugar de vuestro corazon y de vosotros mismos. Dios no

puede contentarse con este trueque; es necesario que sea real el sacrificio: con todo eso, la mayor parte de las conversiones, particularmente entre los cortesanos, son de esta calidad, y subsisten aún con todas las pasiones, no tan visibles á la verdad, pero siempre tan verdaderas. Nos hemos vuelto al Señor, pero aun nos agrada todo lo que antes nos agradaba; no hicimos entonces perfecto sacrificio, nos contentamos con quitar la piel de la víctima y con mudar el exterior, pero no hemos llegado á lo demás, y como nos mantenemos frecuentando las cosas santas, como vivimos exentos de los delitos grandes, como seguimos casi las mismas pisadas que los justos, falta poco para que creamos que somos justos como ellos, y esto no es por hipocresía, sino que perseveramos en el error con buena fe; creemos haber hecho á Dios el sacrificio que nos pedia, aunque jamás háyamos hecho sacrificio alguno real y doloroso de nuestros sentidos, de nuestras inclinaciones, de nuestras esperanzas, de nuestras comodidades, de nuestras antipatías, etc. Desengañémonos, el sacrificio que Dios nos pide es el del corazón, y cualquiera otro no es sacrificio real.

2. Pero no basta el que la ofrenda de nuestro corazón sea real; la segunda condicion es que sea universal: Jesucristo, dice San Bernardo, sacrifica hoy á su Padre todos sus títulos, toda su gloria, y aun su misma inocencia; no se queda con nada, dice este santo Padre, para enseñarnos que por lo comun todo el mérito del sacrificio consiste en su integridad.

Nosotros es verdad que queremos volvernos á Dios, pero no queremos hacer de un golpe divorcio universal con el mundo; nos figuramos que es preciso vencernos en ciertos puntos antes de pasar á otros; pero unos principios tan tibios nunca son felices ni pasan muy adelante; no sucede

en la conversion lo que en los demás negocios de los hombres; cuando no es entera no subsiste. Es verdad que la piedad tiene sus progresos y que cada dia se va perfeccionando; pero primeramente debe destruirse en nuestro corazón el mundo y cuanto hay en él pecaminoso; todo lo que es incompatible con la vida cristiana debe arrojarse de un golpe. Jesucristo sacrifica hoy á su Padre todos sus títulos y toda su gloria, siendo como es el verdadero Pontífice y el Redentor de Israel, comprando el derecho de entrar en el templo, y siendo rescatado como cualquiera otro primogénito. ¡Pero qué pocas veces sucede que usemos nosotros de esta generosidad cuando se trata de sacrificar al Señor las vanas distinciones que nos ensalzan á la vista de los hombres! Queremos que tengan tambien parte nuestros títulos en cuanto hacemos por el Señor, y nunca nos gustan las obras de religion que nos confunden con la multitud.

Jesucristo sacrifica hoy á su Padre hasta su misma inocencia, para que nada falte á la integridad de su sacrificio. Parece en el templo como pecador, y toma sobre sí la vergüenza del pecado, de que está exento; y nosotros en los sacrificios que Dios nos pide, siempre queremos salvar una vana reputacion de inocencia y probidad que hemos perdido.

3. La tercera condicion de nuestra ofrenda es el que sea voluntaria como la de Jesucristo. A la verdad, el sacrificio que hoy hace á su eterno Padre es un respeto superabundante, por decirlo así, y no obligacion necesaria, pues la obra de la salvacion de los hombres, que le encargó su Padre, podia consumarse siu que añadiese á ella la vergüenza de este primer paso; pero queria enseñarnos que una alma que saliendo de los desórdenes del mundo se

consagra á Dios, no puede en el principio negarse á sí misma algunos santos excesos, y no cuida de entrar en cuentas con su señor para saber lo que justamente le debe; y lejos de que la tibieza de su celo espere siempre la obligacion inevitable para obrar, se forma ella misma una obligacion de todo cuanto la inspira un santo celo.

¿Pero dónde se hallan almas semejantes? cuando movidos de la gracia queremos volvernos á Dios, nuestro primer cuidado es buscar entre todos los modos de servirle el mas suave y menos molesto á nuestro amor propio; lejos de abrazar los rigores de supererogacion, estudiamos al principio hasta dónde puede llegar la condescendencia, para contenernos dentro de estos peligrosos límites. ¡Qué poco amamos á nuestro Dios cuando nos podemos señalar la medida del amor! Los principios de la verdadera penitencia no pueden ser ni tan tibios ni tan mesurados.

Segunda parte. *La segunda disposicion de una alma que quiere entregarse á Dios, debe ser un espíritu de fidelidad, que en nada se contradiga cuando le sirve, y esto es lo que María Santísima nos enseña con su ejemplo.*

Nuestras infidelidades tienen su origen. 1.º De una prudencia de la carne, siempre ingeniosa para hallar inconvenientes que oponer á los fines de la gracia para con nuestra alma. 2.º De una soberbia y secreta complacencia, que aun en los mismos dones del Espíritu Santo halla el escollo de la virtud. 3.º Finalmente, de una peligrosa cobardía, que al ver los males de que está amenazada, se consulta demasiado á sí misma, y mide sus obligaciones por su flaqueza. La fidelidad, pues, de María en este misterio, nos da unas prodigiosas reglas para evitar estos escollos.

1. Siendo dócil, no disputa, nada oye de cuanto pudie-

ra decirse á sí misma para dispensarse de la ley de la purificacion, en la que públicamente se degradaba del honor de su divina maternidad, y ocultaba en su Hijo la gloria de su eterno origen, etc. Había aprendido en su retiro que el razonar demasiado en asunto de los fines de Dios, es un exceso de luz que deslumbra y extravía, y la vida de la fe siempre deja tinieblas y dificultades; para no quitar al alma justa el mérito de su docilidad; pero son pocos los que imitan el ejemplo de María, aun entre aquellos que tenemos por justos. En los intereses de la gloria de Dios casi siempre nos valemos de pretextos para dispensarnos de su santa ley, y hallamos el secreto de disfrazarnos á nosotros mismos nuestras pasiones con el nombre de piedad. En una palabra, siempre que se trata de obrar bien, hallamos infinitos inconvenientes, y no pensamos en que nuestra obligacion consiste en cumplir la ley, que es clara, y cumpliéndola, ya no sen de nuestra cuenta los dudosos inconvenientes que nos parece percibir de lejos; esto toca al que nos manda obedecer, y pues los inconvenientes que nos parece divisar no le han obligado á mudar su ley, tampoco deben mudar nada en la fidelidad de nuestra obediencia.

La otra instruccion que aquí nos da la docilidad de María, es que elevada al grado mas sublime de la gracia, no se desdeña de una ceremonia vulgar, no afecta caminos mas sublimes, mas espirituales ni mas perfectos. Tambien debe temerse este escollo en la piedad; muchas veces nos parece tener una devocion mas ilustrada y de mejor gusto, dejando para el pueblo simple y rústico los ejercicios mas comunes de la religion, autorizados por la pública piedad, y cuya sencillez parece que los destina para la multitud ignorante: nos parece que cuanto menos empleemos los sentidos y la carne en los ejercicios devotos, obramos mas

segun el espíritu, que es útil para todo, y no pensamos en que todo ayuda á la verdadera piedad, y que á excepcion de las obras sin fervor, nada hay que sea pequeño ni imperfecto.

2. Siendo humilde María no se ensalza; es indubitable que fué ilustrada por el Altísimo en órden á toda la série del ministerio de su Hijo, y prueba de esto es su divino cántico; con todo eso, no se desdigna de ser instruida por el viejo Simeon; no manifiesta ansia de referir las grandes maravillas que en ella habia obrado el Señor. No hay, pues, cosa mas rara en la piedad que este prudente y modesto disimulo, que oculta sus propios dones y manifiesta los ajenos.

3. Siendo generosa no desfallece: la anuncian que una espada de dolor ha de atravesar su alma, que este Hijo que viene á presentar será expuesto como blanco á los dardos y contradicciones de la calumnia; no ofrecen á su entendimiento sino imágenes tristes y espantosas; con todo eso oponen á unos tan funestos presagios una fe generosa y sumisa; como hija de Abraham imita su fidelidad y su valor, y en esto es muy poco imitado el ejemplo de María; la piedad no arranca siempre del corazon, aun de los padres mas cristianos, el amor carnal y desordenado á sus hijos, y no siempre ofrecemos al Señor, como María, ni lo mejor, ni acaso lo que nos pedia: si un hijo parece mas á propósito que los demás para mantener la gloria de su nombre y la pública estimacion, se le separa para la tierra; por mas que en su persona se manifiesten mil señales de una santa vocacion, se resiste al órden de Dios, se miran los mas santos movimientos de la gracia como ligerezas de la niñez, y sin apartarle abiertamente de un designio tan laudable, se le hace perder su vocacion con el pretexto de probársela:

no condeno por esto las precauciones de una cristiana prudencia, pero condeno los vanos pretextos de la carne y de la sangre. A la verdad, cuando en aquellos hijos que ó por el órden de su nacimiento ó por lo corto de sus talentos, son menos á propósito para el mundo y para llevar adelante la vanidad de vuestros proyectos, se hallan estos deseos de retiro, no sois tan mirados ni poneis tantas dificultades; lejos de representarles los inconvenientes de una eleccion temeraria, se la inspirais vosotros mismos; por lo que de esto se sigue; que viene á ser herencia del Señor lo que habia de ser vergüenza de vuestras familias. Despues de esto procedeis muy injustamente cuando del desórden é ignorancia de las personas consagradas á Dios tomais motivo para censurar y burlarlos: ¿no han sido las manos de vuestra codicia las que han colocado en el altar estos despreciables ídolos á quienes insultais? Si no hubiera en la Iglesia tantos padres avaros, ambiciosos é injustos, no se vieran en ella tantos ministros mundanos, escandalosos é ignorantes. Estas son las instrucciones que descubre la fe en este misterio. Consagrémonos, pues, hoy al Señor con Jesucristo, pero consagrémonos sin reservar nada, y correspondamos con fidelidad, como María, á los designios de Dios para con nosotros.

